

# SANDRA CINTO

## PRELUDIO PARA EL SOL Y LAS ESTRELLAS

19.09.25-11.01.26

Texto curatorial. Jackie Herbst

Gabriel García Márquez sostenía que en el primer párrafo de una novela había que decidirlo todo: la estructura, el tono, el estilo o incluso la longitud de la narración. Todo lo demás, afirmaba, era puro placer de escribir. Ese inicio, cargado de honestidad, no era un gesto de vanidad, sino un pacto con el lector: la certeza de que toda narración necesita un marco donde asentarse para poder desplegar la magia después. Algo muy parecido sucede con Sandra Cinto. Desde el primer trazo, la artista brasileña expone con honestidad los principios de su obra, el tono de su universo y la escala de sus paisajes. No hay artificio ni distracción: la unión de puntos en el espacio a través de líneas es el origen de todo dibujo, y esa línea, aquí, es el prelude de un mundo expandido que el espectador recorrerá como quien se adentra en la partitura de una travesía.

En «Preludio para el sol y las estrellas», esa honestidad se traduce en una instalación inmersiva que no se impone, y aunque en realidad son tres instalaciones que se unen entre ellas a través del dibujo, nos envuelven e invitan a recorrer los espacios, a habitarlos, a respirarlos. Bajo ese mismo pacto tácito que proponía García Márquez, el espectador/lector se compromete a experimentar la obra, y es en ese encuentro donde surge un sentido que solo puede emerger desde la interacción con la obra misma.

La dimensión espacial y percepción corporal del espacio expositivo es fundamental, al igual que su vínculo con la música. Tal y como la música organiza el tiempo y el ritmo, para Sandra Cinto el dibujo dialoga con el movimiento del cuerpo, como si ambos fueran parte de una misma partitura. Se genera así una experiencia multisensorial en la que el espectador se desplaza, se sincroniza y acompasa con la obra. Caminar, detenerse, sentarse, escuchar y respirar: cada gesto participa del ritmo de la obra. Dibujo y música se unen aquí, pues la música está implícita en el trazo y la armonía del silencio resuena en cada superficie. Tiempo, espacio y silencio confluyen, porque para la artista ambas disciplinas –la música y el dibujo– son además de formas de expresión, formas de revolución. En un mundo saturado de estímulos y contaminación acústica, el silencio que habita estos espacios se convierte en un elemento constitutivo, un baluarte de resistencia que ofrece una pausa reflexiva. Una hoja en blanco o el sonido del silencio son para ella espacios de resistencia, llenos de posibilidades, que frente a la sobreestimulación a la que estamos expuestos se convierten en herramientas cargadas de potencia y listas para quien de nosotros se aventure a usarlas. Como la propia artista describe, es a través del sonido y el

silencio, el movimiento y la quietud, que sus obras exploran el paso del tiempo dentro de narrativas más amplias de existencia y trascendencia, creando espacios para la ensoñación que invitan a una reflexión más profunda.<sup>1</sup>

Sandra Cinto transforma este Espacio C de Es Baluard Museu en un territorio suspendido, donde lo micro y lo macro conviven. Lo infinitamente pequeño –un punto, una línea, un destello en la pared– se expande hacia lo infinito: mares turbulentos, cielos estrellados, horizontes dorados. Todo está contenido en el dibujo. Su capacidad de desbordar la superficie bidimensional lo transforma en arquitectura emocional, en espacio habitable. Como apuntó Rosalind Krauss<sup>2</sup> al hablar del *campo expandido* en la escultura contemporánea, aquí también asistimos a la expansión disciplinar: el dibujo se convierte en instalación. Las instalaciones *site-specific* de Sandra Cinto dialogan con la arquitectura que las acoge, y las paredes se convierten en la piel que las recubre y nos toca. El movimiento en el espacio es la forma que tenemos como observadores de experimentarlas, de sentir las y de tocarlas de vuelta; porque el tacto es el único de los sentidos que regresa.

La exposición se despliega en tres núcleos que dialogan entre sí, creando una experiencia envolvente. A través del color y sus transiciones iniciamos esta travesía en la que el espacio y el tiempo se dilatan y a la vez se contraen. El primero de estos núcleos, *7 mares*, consiste en una instalación *site-specific* de siete telas de gran formato. Trabajadas en diferentes tonalidades de azul, en ellas se despliegan dibujos de olas, de ondas de superficie, mares revueltos y aguas tranquilas. Y aunque la tradición pictórica romántica resuena aquí, para Sandra Cinto el agua y el mar son además alegorías de la memoria colectiva: cada ola es un destino, la ondulación es una travesía, y cada mar contiene historias de desplazamiento, de naufragio y de supervivencia. Su habilidad en el dibujo es la afirmación de que la línea es capaz de contener lo inabarcable, de traducir en un gesto humano el dinamismo del océano. El agua es un elemento recurrente en su obra. Se presenta de forma monumental e implacable. Para la artista encarna tanto una metáfora del naufragio de la sociedad contemporánea como también un símbolo de renovación, transformación y movimiento.

La metáfora del naufragio atraviesa gran parte de la obra de Sandra Cinto. En trabajos anteriores, la artista se sirve de la implacable obra de Théodore Géricault de 1819 *La balsa de la Medusa* para plantear una reflexión sobre la catástrofe y la supervivencia y su analogía en la sociedad contemporánea. Como señaló Óscar Alonso Molina, en estas imágenes «el destino se tuerce en accidente, en catástrofe, en lo inesperado. Frente a esto se perfila con timidez el espíritu heroico de la humanidad».<sup>3</sup> Esa tensión sigue viva en los siete mares de Es Baluard Museu: mares turbulentos, olas infinitas, horizontes abiertos que aluden a los fracasos y los naufragios de la humanidad, pero también a la persistencia de seguir adelante, de remar juntos, de buscar refugio en la colectividad.

La travesía continúa en dos murales monumentales que actúan como polos complementarios. *Paisaje Sol – El Día*, un mural dorado, luminoso y expansivo, se abre como un paisaje metafísico que remite a lo divino y lo simbólico. En él resuenan las tradiciones del arte japonés,

1. Reflexiones surgidas en las conversaciones mantenidas con la artista.

2. Krauss, Rosalind E. «La escultura en el campo expandido». En: *La posmodernidad*. Barcelona: Editorial Kairós, 2002.

3. Alonso Molina, Óscar. «Cuestiones sobre el fondo de las imágenes de Sandra Cinto». En: *Sandra Cinto: la otra orilla*. Las Palmas de Gran Canaria: Centro Atlántico de Arte Moderno, 2014, pág. 23. [cat. exposición.]

particularmente en el uso del dorado como fondo que no solo ilumina, sino que otorga a la imagen una dimensión trascendente. Por los muros se despliegan dibujos de símbolos que se expanden: puentes, montañas, nubes, ríos, estrellas, soles... El paisaje se convierte en una metáfora del paso del tiempo, la transitoriedad se hace evidente y física. El propio movimiento, al desplazarse uno por ese espacio dorado, se proyecta en el movimiento iluminado por los destellos que intuimos en los elementos dibujados. El nivel de detalle de las líneas da como resultado la disolución de las fronteras físicas, terrestres o incluso espirituales para desembocar en un tercer espacio. *La Noche* es un mural que, en contraste, se sumerge en un azul profundo que evoca la noche, el silencio y la introspección. Si el oro nos eleva, el azul oscuro nos sumerge en lo interior e íntimo. Ambos murales no son simples fondos, sino arquitecturas emocionales: superficies donde el dibujo se convierte en campo simbólico y poético, donde la luz y el agua operan como metáforas del tiempo que transcurre y transforma todo a su paso.

La naturaleza simbólica de su pensamiento se hace evidente en la forma en que la artista transforma el espacio-tiempo a través de lo plástico. Como mencionaba al inicio del texto, en sus instalaciones oscilan lo micro y lo macro: desde el detalle de un trazo hasta la inmensidad de un mar que ocupa todo el horizonte. Este juego de escalas no es un mero recurso formal, sino una declaración sobre la condición humana: nuestros deseos, esperanzas, miedos y temores forman parte de quienes somos, y determinan nuestra manera de habitar la realidad. La exposición se despliega como una travesía sensorial que convierte los paisajes en metáforas de nuestra existencia. Las olas, los reflejos de luz y las estrellas apelan a nuestra memoria y al tiempo que fluye, a los naufragios y refugios que conforman nuestra vida, y nos plantean preguntas sobre nuestra condición: ¿qué caminos elegimos recorrer y de qué manera los recorreremos? La respuesta no está en las certezas, sino en la capacidad de dejarnos formular con honestidad estas preguntas, en abrir un espacio para imaginar y actuar.

La obra de Sandra Cinto nos invita a sumergirnos en un universo de símbolos, sueños y resonancias poéticas donde la experiencia humana se contempla y se transforma. En este sentido, su obra dialoga con la poesía de la brasileña Conceição Evaristo, quien defiende la escritura como un acto de resistencia. Evaristo insiste en que la poesía puede ser un espacio de memoria, pero también de lucha; un silencio que habla, un vacío que resiste. Su pregunta «¿qué caminos podemos recorrer como humanidad?» resuena en la obra de Cinto, quien considera la hoja de papel como un espacio lleno de posibilidades, una resistencia que, desde lo mínimo y sutil, convoca con radicalidad lo político desde lo poético. Precisamente, ese mismo espíritu presente en la poesía de Conceição Evaristo ha servido de inspiración también para la actual edición de la Bienal de São Paulo,<sup>4</sup> que, comisariada por Bonaventure Soh Bejeng Ndikung y bajo el lema *Nem todo viandante anda estradas – Da humanidade como prática*, plantea estas mismas cuestiones: ¿qué significa ser humano en tiempos de fracaso, de naufragio, de incertidumbre? La respuesta no está en ofrecer certezas, sino en formular las preguntas correctas. Como recordaba el filósofo brasileño Paulo Freire: el arte no es esperar, es «esperanzar», verbo que implica acción, resistencia y transformación.

Sandra Cinto no se limita, sin embargo, a los grandes gestos monumentales. En esta exposición también guarda espacio para lo íntimo. La artista presenta una serie de pequeños libros

4. Ciudad en la que también reside Sandra Cinto.

pintados que, frente a los murales colosales, concentran un valor esencial en su práctica artística: el poder de la educación como fundamento social para transformar la humanidad. Desde sus primeras pinturas sobre libros de madera en 2008, los libros son para la artista la base sobre la que se sustenta la sociedad. Este mismo mensaje se formaliza en el banco de madera de pino creado artesanalmente y *site-specific* para esta exposición. Una de las patas del banco está formada por una columna de libros superpuestos. Libros inaccesibles: como una alegoría al analfabetismo.

Asimismo, el intercambio, el diálogo entre saberes y la colaboración con otras manos y tradiciones encuentra un espacio en la obra de Cinto. Una producción realizada en colaboración con el maestro artesano Pere Coll se formaliza en una fuente de azulejos pintados instalada en el restaurante del museo. En ella se recrean las ondas de un mar o un lago, añadiendo una capa más de significado: la transformación del espacio cotidiano en experiencia simbólica. Aquí, el agua, domesticada en una fuente, se convierte en metáfora de la memoria compartida. Como la propia artista ha señalado en relación con proyectos anteriores, el arte puede transformar radicalmente la rutina diaria, otorgando un nuevo significado a los lugares comunes. En este caso, la fuente no solo decora la experiencia, sino que envuelve, conecta y resignifica el espacio como un lugar de encuentro, interacción y contemplación.

Paulo Reis, uno de los críticos que más profundamente ha analizado la trayectoria de la artista, subrayó la importancia del tiempo y la memoria en su obra. Para Reis, el dibujo de Cinto no es un ejercicio ornamental, sino un modo de pensar el paso del tiempo y de inscribir la subjetividad en el espacio colectivo.<sup>5</sup> Sus obras son, en este sentido, refugios temporales donde la humanidad se contempla a sí misma, espejos donde se reflejan tanto las catástrofes como las esperanzas. Igual que señala David G. Torres en *El ojo espejo*, «el artista es un sujeto espejo que refleja el mundo». <sup>6</sup> Y el espejo de Sandra Cinto nos devuelve un reflejo poético de nuestra condición humana, con todas sus contradicciones.

Al recorrer la exposición en Es Baluard Museu, uno no puede evitar preguntarse, igual que Conceição Evaristo, ¿qué caminos podemos recorrer como humanidad? La respuesta, quizás, está en la circularidad del tiempo y en la capacidad del arte para ordenar lo desordenado, para dar forma a relatos dispersos que solo en la memoria encuentran cohesión. Los mares de Cinto, sus cielos y sus fuentes, no son solo paisajes, sino metáforas del tránsito humano: del naufragio al refugio, del miedo a la esperanza, de la oscuridad a la luz.

Frente a las catástrofes como humanidad de nuestro tiempo, la obra de Sandra Cinto propone un horizonte esperanzado. No se trata de una esperanza ingenua ni pasiva, sino de lo que Paulo Freire definía como «esperanzar»: un verbo activo, un gesto de transformación que implica cuidar, amar y actuar. «Preludio para el sol y las estrellas» se convierte así en un espacio-tiempo donde el espectador puede respirar, escuchar y habitar la obra. Un recordatorio de que, pese a los naufragios, seguimos siendo capaces de imaginar, de resistir y de esperanzar.

WWW.ESBALUARD.ORG  
#SANDRACINTOESBALUARD

5. Reis, Paulo. «Construção contra a dissipação do mundo ou a epifania na obra de Sandra Cinto». En: *Sandra Cinto: Construção*. Santiago de Compostela: Dardo, 2006, pág. 23.

6. Torres, David G. *El ojo espejo*. Barcelona: Anagrama, 2025, pág. 32.